

EL PARAÍSO DE LAS ISLAS

Cuentos del paraíso de las islas

18-03

DEL MOVIMIENTO A LA MOVIDA

Primer tramo narrativo-2

Emilio Sola

emilio.sola@cedcs.eu

Colección: Archivo, Galeatus, El paraíso de las islas

Fecha de Publicación: 06-04-2010, 02-06-2012, 11/01/2026 y
16/09/2026

Número de páginas: 8

I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.
Más documentos disponibles en www.archivodelafrontera.com



Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.

El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.

TRAMO I NARRATIVO:
¿Y DE DÓNDE VENÍA J.B.?: UNIVERSIDADES Y PRODIGIOS
Segunda parte

Y ese verano mismo se fue a Ibiza.

Volviendo sobre ello después, años después, cuando la perspectiva le dio más ricos recursos de análisis, J.B. gustó de ensayar agrupaciones simbólico-temporales para aclararse un poco –y con la vaga esperanza de toparse con secuencias temporales guía—, y encontró en ese mayo de la lectura de su tesis un decenio cumplido de formación acelerada, con nuevo despertar. Aniversario peculiar. De los 15 a los 25 años –atrás para siempre la niñez, adolescencia y primera juventud, recuerdo liminar—, con una cesura central traumática y hermosa por el rencuentro con la libertad y el mundo ancho y fascinante, a la vez mundo propio y ajeno, que le brindaba a manos llenas una información fundamental que hasta entonces se le había ocultado o camuflado. A niveles personales, el gran pecado –la impiedad—era el engaño, la falsificación de la verdad, el amañamiento del lenguaje con técnicas de sistemas paranoicos, de enquistamiento, cerrazón y secreto. Y, además –puro mundo financiero en lo hondo –, interesado e insaciable. Una organización o un sistema que pretende absorberte de manera absoluta, desde el interior de tu ser erótico al exterior de tus posibles propiedades materiales, con formulismos retóricos terribles –juramentos y testamentos—, y desde la infancia o primera adolescencia y juventud. Una tragedia para muchos numerarios solteros opusianos, que convertía su difícil liberación de la norma en estallido.

Una parte nada desdeñable del poder de don Vicentón procedía de esa organización de vínculos profundos –religiosos, sectarios—que pretendía poner a Cristo en la cumbre de todas las actividades humanas, como un fin de bondad absoluta y para cuya consecución todo puede valer: el sin-límite y la insaciabilidad sin más. De ahí a la santificación o canonización de la intransigencia, la coacción y la desvergüenza no hay más que un paso, que también fue dado por el fundador de la organización en su catecismo o prontuario para meditar y sacar de él ideas y pautas de comportamiento y acción, al que tituló como los antiguos taoístas chinos titularon su libro sapiencial clásico, el *Tao* o *Camino*. A J.B. siempre se le antojó –y más mirado el tiempo histórico de su redacción y gran difusión –, desde su propio ser paranoico –crítico adulto y desengañado, un programa nazi – católico en el límite posible de su desarrollo, nada extraño luego en la España nacional – católica o fascista, esa horrible manera de decir para referirse a un pasado ominoso. Puro lenguaje panfletario, extremo, casi obligado para describir una realidad también extrema. Y que perdura.

Mas todo aquello había sido formulado desde una postura de poder; de poder de perfil absoluto – el del *Antiguo Régimen* clásico, el eclesiástico o pre-democrático en general, si no antidemocrático, como tenía que ser el poder así concebido y ejercido – ese poder que tiene carta blanca para anudarte los cojones del alma con toda desfachatez, por supuesto que sin remordimiento, con

insolencia. Y sólo con el poder – desde el poder – era posible su realización plena, o su realización, sin más.

J.B. se forzó a recordar—se juró que por última vez, no quería malgastar más tiempo—su iniciación infantil en aquella organización católica clásica pero aún más oscura y sibilina que la otra organización católica clásica que le había tocado en suerte, la de los dominicos, desde más niño aún, desde el inicio de la enseñanza media, en su caso con entre doce y trece años. Esfuerzos de parto para el recuerdo. A veces, también dolores. Narrarse para comprenderse, narrarlo para comprenderlo. Pudiera ser lo mismo. Se juró que por última vez. Pero hay que ir a ello.

El internado en un colegio de frailes dominicos en las Asturias de Vetusta supuso un cataclismo para aquel niño de las Asturias de Covadonga, tímido, obediente y disciplinado, de pueblo, más rural que urbano; que había vivido, hasta los diez años, en un mundo de calendario campesino, de invierno de ganado estabulado, lluvia y almadreñas, veranos de siega y baños en el río, y otoños de esbillas de maíz y magustadas de castañas. En el primer trimestre adelgazó diez kilos –la tensión de un internado o cárcel bastante triste—y hubieron de confiarlo a parientes de la ciudad que lo cuidaran para que siguiera sus estudios como alumno externo de los dominicos de Vetusta. Allí lo alcanzaron las redes de los opusianos solteros de la casa que tenían en la avenida de Galicia, residencia de estudiantes y profesores, sobre todo catalanes, a través de sus últimos enlaces, sus propios compañeros de clase en el colegio, alumnos externos como él. El proselitismo más horizontal, en la base de la pirámide, la cantera del bachillerato y la obra de san Rafael arcángel, en el argot opusiano, en pleno paso de Ecuador –sabido a posteriori—del franquismo.

No pretendía adentrarse tanto en el hondón –iba a decir “del mal”, pero le pareció impropio, aunque tal vez no lo sea—, además de que eso de los internados ya era un clásico del género, desde Joyce a Salinger, pasando por el joven Torlech o por Pérez de Ayala. Por otra parte, aquellas eran evocaciones que podían entenderse mejor en el marco de un internado de dominicos, un juego de niños al compararlo con los internados opusianos que se le avecinaban al pobre o desafortunado J.B. De ahí su resistencia a recordar. Su mal trance y los parones. *¡Hace falta valor!*, como gritaban los mejores rockeros de la llamada movida madrileña. Eso es.

Visto en perspectiva, aquella presión proselitista opusiana necesitaba un esfuerzo narrativo muy premeditado de toma del poder –diría un politólogo extremo—en un futuro post-franquista que aún se pensaba lograr controlar, en el marco del programa de “poner a Cristo en la cumbre de todas las actividades humanas”, y que se puede considerar exitoso en esos momentos en la España de Franco con ministros y altos cargos gubernamentales de la organización, y financieros, y hasta una universidad privada de nueva creación en Pamplona, único caso en España entonces en su perfil, hacia la que canalizaron gente y recursos. Los historiadores andan abordándolo desde sus alturas analíticas, más o menos estructuradas y globales, pero algo lejos de su percepción desde la base social del momento. Se podría decir, pues, que aquel maridaje especial opusiano-

franquista generaba aquella euforia proselitista que a J.B. le tocó sufrir —raro determinismo—, con el límite extremo de la arrogancia, “la santa desvergüenza”.

Nuevamente se envenena el tono, y no quisiera J.B. que eso sucediera. J.B. odia el rencor. No conserva ninguna amistad o trato con nadie de entonces de dentro de la organización, y sufre con la vaga sensación de amputación de su tiempo de final de la infancia, adolescencia y primera juventud, amputación, pérdida, distracción o robo sin más. Podría hablar del secreto, la manipulación o el engaño u otros tremendismos, así como del deseo o necesidad de olvido para seguir adelante con claves diferentes, y eso le preocupó en un momento; de ahí, tal vez, este ejercicio de memoria extremo. Fue una relación equivocada —amor / desamor— que hoy intenta cerrar, dejando un bosquejo para una posible narración ajena que un día pueda surgir, aviso para después, avisos para un nuevo historiador, o para un nuevo “discurso” posible sobre una realidad. También, o sobre todo, histórica también. Aviso para navegantes o para nadadores.

La residencia opusiana de la avenida de Galicia de Vetusta era una amplia casa de tres puertas —una para los jóvenes, otra para los mayores, y una tercera para las mujeres y el servicio—, con un oratorio que podía compartirse y una sala de estudio para los jóvenes, la disculpa inmediata para el proselitismo con los chavales, el “vamos a estudiar juntos” de sus compañeros. Al frente de ella, con un joven cura pelirrojo y pecoso, el Núñez, estaba un sevillano treintañero por entonces, don José Luis —el Murgas, para entendernos aquí— colaborador con el fundador de la organización en el montaje de la universidad de Pamplona y que daba clase en la universidad de Vetusta de materias histórico-jurídicas.

Él fue quien enseñó al escasamente quinceañero J.B. a ponerse cilicios en los muslos y darse de latigazos, de vez en cuando, en sus propias nalgas para que no se le rebelase el cuerpo contra aquella obsesión de la santa pureza, que decían. Todo entre bromas cariñosas y que hoy le parecían casi repugnantes. “Amebito, amebito —usado como apelativo cariñoso—: las amebas emiten pseudópodos y se reproducen por fagocitosis” —podía bromear un día con él para animarle al proselitismo, a la atracción de sus compañeros de clase a la residencia opusiana, al señuelo de la sala de estudio, los cuentos de Tintín o las excursiones a esquiar en invierno, o al campo, a la playa en verano o al monte en otras temporadas. Eso sí, compañeros de buenas notas y presencia —no servían los que tuvieran alguna tara física, supo luego—, de buenas costumbres, a ser posible hijos de padres jóvenes y bien casados, a ser posible de buenas familias. Por los resultados, en fin, esto último se mostraba como principal. Todo graduado por fases, la presión proselitista era máxima y llegaba a crear ansiedad: el año de J.B. pidieron su ingreso en la organización —*pitarse* se le decía a ello, en el argot interno en clave— como una docena de quinceañeros, y la euforia era total.

En el equipo del Murgas, los que vivían en la residencia, numerarios solteros, había media docena de jóvenes veinteañeros, casi todos catalanes —el Colomer, el Clavell, el Guitart, el Msesa, así de pronto, de memoria—, todos universitarios y activos; como la mayoría de los que pitaron ese año, muchos de ellos se fueron

de la organización después, según tuvo luego noticias J.B. de aquí y de allá. Nunca J.B. los volvió a ver desde entonces —el Pep Virgili, el Toñín Reina, el Alfredo Valdés, el Antonio Fernández y tantos más—, a pesar del cariño que entonces se profesaban, como si fueran de la misma panda. Y ese es el signo mayor de la gran mentira que fue todo aquello, entre ellos un guiño cómplice secreto de su pertenencia a la organización soltera.

Últimamente le llegaron a J.B. noticias de Brasil de exmiembros de la organización opusiana que se han dedicado a publicar por escrito sus experiencias, sin duda que como terapia para su desprogramación más íntima. No estaría nada mal una reunión internacional —un congreso, tan de moda siempre— de exnumerarios solteros para intercambiar recuerdos y experiencias, siempre que se hiciera dentro de unas condiciones muy concretas para el discurso: con sentido del humor obligado u obligatorio, una de las condiciones indispensables para la necesaria relativización del asunto, si no tan tétrico él, en la linde —nunca se cansó de repetirlo J.B. como una de las certezas más firmes— de la corrupción de menores y de la transgresión de los más elementales derechos humanos. Porque —ya se sabe— el fin no justifica los medios, ni siquiera con ese salto a la trascendencia cristológica o cristo-ché. Que no.

La construcción del yo. Las condiciones necesarias para la construcción del yo. Retórica de las justificaciones. J.B. recordó el caso del niño superdotado que era el calabrés hoy conocido como Tomás Campanela, cuando fue captado por los dominicos del convento de Nicastro para ser fraile y se vio enredado en la retórica y la norma de aquella organización no más rigorista que la opusiana. Su padre, el zapatero analfabeto Jerónimo Campanela, se enfadó con la decisión de su hijo, en quien tenía puestas muchas esperanzas por su inteligencia viva, pero que lo quería más bien como jurista en Nápoles, y fue un calvario el que hubo de pasar el joven rebelde y osado que era fray Tomás para poder expresarse —cárceles y tormentos— aunque sólo lo lograra parcialmente.

Eran otros tiempos y otras circunstancias, sí, más extremas —o no tanto—, pero era la misma realidad liminar para un chaval en aquella realidad franquista-opusiana que le había tocado vivir —en toda la extensión de ese determinismo azaroso: la vida— a J.B. El paralelismo de los chinos. Esa experiencia del final de la infancia del J.B. se le apareció como muy similar —paralela— a aquella más lejana del Campanela. Del medio rural profundo asturiano oriental —tal el medio rural calabrés periférico del joven Campanela —, con un padre maestro rural de la República represaliado por el franquismo —algo más culto que el padre de Campanela, pero también de los sectores populares semirurales— que deseaba verlo ingeniero o técnico superior desde que un profesor de matemáticas le alabó la facilidad del niño J.B. para esa materia científica; lo primero que hizo el joven bachiller, nada más ser captado para opusiano numerario soltero, fue pasarse a letras, después de duros debates familiares durante las primeras vacaciones de verano en su nueva condición, mucho más profunda de lo imaginado. Fue después de numerosas charlas con uno de los catalanes de la residencia opusiana, el Guitar, que le resaltó la importancia de la gente de letras, y sobre todo historiadores, para influir en la sociedad —para ser los señores de la narración—, una de las formas principales de proselitismo para ese poner a Cristo en la

cumbre de las actividades humanas, el lema de la gran justificación; de la gran inversión, como se precisaría más tarde para J.B. Una fatalidad —la fatalidad— ese desfase entre el conocimiento y la vida.

El curso previo a la universidad —el pre-universitario, como se decía, el preu— se lo dedicó especialmente al griego y al latín, para recuperar lo perdido en un bachillerato de ciencias, y mal que bien superó la prueba y pasó a estudiar primer curso de letras en la universidad de Barcelona, después de nuevos y duros enfrentamientos familiares, pues sus padres no entendían por qué había de irse de Vetusta. Ellos eran solamente la familia de sangre, como pasaba a ser denominada la familia carnal, la otra familia, la secundaria ya. Que debía limitarse a pagar y callar. Algo a lo que estaba muy acostumbrado su padre, supo luego J.B., en la dura postguerra franquista para evitar una condena a muerte. De alguna manera, otra humillación más en aquel régimen-trágala. Otro insulto personal, otra santa desvergüenza.

Años después —y este ejercicio final de memoria no deja de ahondarse, destino de un texto orgánico en sí mismo, que crece y crece emitiendoseudópodos como las amebas de las bromas del Murgas— años después J.B. captó un extraño simbolismo en este nuevo despojamiento sufrido por su padre rebelde y silenciado, represaliado maestro nacional de la República que ahora veía el alejamiento de su hijo mayor como otra nueva imposición cruel, como aquel mítico impuesto de los muchachos que pagaban los súbditos del sultán otomano. “A tu hijo nos lo llevamos con nosotros por su bien”, pudiera ser el argumento único o principal, aunque fuera formulado en términos mítico-ché: “porque Dios lo quiere para sí” o “para que siga su vocación de servir a Dios”, o algo similar, igual de sibilino y aleatorio en la España nacional católica en la que enraizaba aquella planta carnívora e insaciable opusiana. Que, para mayor ironía cruel, no llamaba a las cosas por su nombre sino todo lo contrario: usaba denominaciones que más que aclarar camuflaban la misma realidad que se imponía.

El colegio mayor Monterols de Barcelona al que fue destinado J.B. —y nunca mejor expresión determinista / antideterminista, el destino— era exactamente lo que eran los conventos de novicios o seminarios católicos, a pesar de que su apariencia fuera la de un colegio mayor universitario más de los de entonces. En paralelo a las clases en la universidad, los allí residentes, todos jóvenes opusianos solteros, seguían cursos de filosofía y teología idénticos en su programa a los más tradicionales de las órdenes religiosas clásicas, entre ellas dominicos y jesuitas. Eran estrictos seguidores de una tradición muchas veces centenaria, la de la iglesia católica, maestra en ese asunto clave de organización de grupos e instituciones, aunque, eso sí, con técnicas de lo que hoy conocemos como el Antiguo Régimen, uña y carne con ella, el mismo cuerpo místico —mítico-ché- y esencialmente anti-democrático. Parece una tontería, pero lo que a J.B. le dolió más en aquella percepción primera del engaño era precisamente eso: que lo hubieran convertido en seminarista con disimulación, pues enseguida salió que el nombre completo de la organización opusiana era el de “sociedad sacerdotal de la santa cruz”, otra triquiñuela más de camuflaje para enredar a niños incautos en la percepción posterior de J.B. seminarista o novicio, que venía a ser lo mismo, una figura que le producía rechazo especial; rechazo

sutilmente acentuado, y con matices negativos, por el hecho de que en el proselitismo para captar nuevos socios se excluía taxativamente a exseminaristas y exnovicios de lo que fuera, a la competencia en definitiva, una manera de renegar del ser. Parece una estupidez, pero raramente armónica con el negar o disimular lo que en realidad se es, una norma de comportamiento seguida con espontaneidad en el disimulo de su nuevo ser numerario soltero.

Es sorprendente, milagroso, maravillosa la capacidad de adaptación del cuerpo y de los sentimientos, el alma al fin, a las circunstancias. Es posible que seamos sólo eso en lo hondo, circunstancias, y a ellas habremos de adaptar los movimientos tanto físicos como anímicos, de supervivencia, hasta el extremo de crear y transformar hasta las mismas normas morales que se revitalizan y enriquecen en sus matices mismos hasta extremos verdaderamente creadores y transformadores. El arte de la mentira y su disimulación: he ahí el secreto. “Se compra lo que se debe, aunque se deba lo que se compre”, la lucidez del financiero, frase amada del fundador de la organización opusiana. Resabios entre burgueses y de la sociedad estamental, puro antiguo régimen, antes de que se utilizara con cierta propiedad la noción de democracia y democrático. Elitismo e inversión de valores. La gran inversión de los valores —también morales— frente por frente de la gran inversión de la palabra, eje interpretativo principal. Con un sometimiento absoluto del cuerpo y los sentimientos —el alma— por medio de redes de confidencias y confesiones que confluían —cual redes trinitarias— en un solo centro informativo y autoritario, más allá del bien y del mal y del secreto mismo de confesión, a lo que se denominaba libertad de los hijos de Dios, de los elegidos. Un cuerpo místico del que se desterraba lo sexual con saña, hasta el autocastigo juguetón de los pinchitos y los latiguillos de nudos, al tiempo que todo se erotizaba en arrebatos operativos y de acción invocando el amor de dios y de su santa madre virgen de las ilustraciones pasteleras y neo-renacentista italiano-ché.

A niveles simbólicos y retóricos creo que a aquellos numerarios solteros les hubiera encantado vivir su poder en la Nápoles clásica de Carlos V y de Felipe II: hubiera sido su medio natural, incluso estético. Y en un sistema *paranoico* —cerrado, encriptado para los de fuera de la *casa*—, que podía permitirse hasta juegos proféticos con tal de que impulsaran el entusiasmo, la acción, la inscripción sobre la puerta del foso del castillo de Santelmo, en lo alto de la ciudad, el viejo decumano romano naciendo a sus pies, que invocaba a Carlos el Emperador y a su arquitecto o ingeniero de la fortaleza Escrivá, debía leerse como una premonición profética como menos.

Una gran inversión de las palabras y de la narración misma, solo captable desde el salto fuera, a otro sistema, a otra narración o manera de narrar el mundo y la relación, las relaciones, sólo captable desde la conciencia del rechazo radical, desde la lucidez del renegado. La indecibilidad de algunas proposiciones y esa necesidad de reconstrucción ordenada.

A la gran inversión —inmersión en un sistema paranoico, el de los de la *casa*— sólo se la podía neutralizar con la otra gran inversión —el salto al fuera de la *casa*, la huida del *renegado*— y esa nueva gran inversión necesaria para

sobrevivir y salir adelante airoso, fue posible para J.B. con aquel viaje de celebración postdoctoral a Ibiza. De alguna manera, pudo seguir el relato allí donde lo había dejado.

Y ese mismo verano se fue a Ibiza.

Y es aquí donde da comienzo, de hecho, de donde arranca el relato fragmentado y reconstruido de J.B.: *una nonovela azarosa*.

Sigue, pues, la introducción segunda o introducción al II tramo narrativo...